

CAPÍTULO 6

LA ESCUELA AUSTRIACA Y LOS ESCOLÁSTICOS ESPAÑOLES

HOMENAJE AL PROFESOR OCTAVIO UÑA¹

Es para mí un gran honor dedicar a mi buen amigo el profesor Octavio Uña la Conferencia que pronuncié el pasado 16 de abril de 2016 en la ciudad de Toledo, cuya transcripción textual es la siguiente:

«Buenos días a todos. Lo primero que quería hacer es agradecer las palabras del profesor Rallo y del Dr. Ángel Fernández. Ya lo he dicho en la sala capitular: agradecemos a la Catedral Primada de España lo bien que nos ha recibido y que nos haya permitido organizar este acto.

Querría primeramente, para poner en contexto este acto, indicar que es el tercero de una serie de actividades que, en honor de los escolásticos, iniciamos ya el pasado año 2013. Fue una idea original del profesor León Gómez Rivas, de la Universidad Europea, secundada y apoyada enseñada por mi gran amigo el profesor Octavio Uña, dirigida a organizar un *Scholastic Roadshow* para explicar al mundo la gloriosa contribución de nuestros escolásticos. Y, efectivamente, en noviembre del año 2013 tuvimos el primer acto en la Catedral de Segovia, en honor de Diego de Covarrubias y Leyva, arzobispo de Segovia. Quedó muy lucido y se repitió un año después, en octubre de 2014, en la Universidad de Navarra y en la catedral de Pamplona en honor del Doctor Navarro, Martín de Azpilcueta.

¹ Publicado en *Intellectum valde ama. Ama intensamente la inteligencia, Homenaje al Profesor Octavio Uña Juárez, Catedrático de Sociología y Filosofía, Escritor y Poeta*, Rafael Lazcano, Editor, Madrid 2019, pp. 1254-64.

Hoy estamos en el tercer hito, en esta grandiosa e imperial ciudad de Toledo, homenajeando al Padre Juan de Mariana. Dios mediante, esperamos que el año que viene podamos reunirnos gracias a los buenos oficios del profesor Octavio Uña en la biblioteca del Monasterio del Escorial para celebrar un acto en torno a Arias Montano, quien fue el encargado de confeccionar la biblioteca. Terminaremos en 2018, en la Universidad de Salamanca, homenajeando a todos los escolásticos pero sobre todo a Francisco de Vitoria. A mí me gustaría, ya que muchos de los que están aquí asistieron a los otros actos, que vayamos continuando en los ejercicios sucesivos, porque creo que es una obligación moral que tenemos todos los españoles.

La idea más esencial, más importante de mi conferencia, es que la gravedad de los problemas que nos aquejan y que nos han aquejado en el siglo XX —un siglo en muchos aspectos trágico— es en gran medida resultado de haber olvidado las contribuciones de nuestros escolásticos del Siglo de Oro. Esa es la tesis básica de mi conferencia: que el progreso del ser humano depende de mantener una serie de valores y de principios que, en gran medida, ya fueron elaborados por estos gloriosos pensadores.

Somos víctimas, como dice Hayek, de un engreimiento de la razón (precisamente, la última obra de Hayek se titula *La fatal arrogancia*); un engreimiento que hoy en día tiene muchas caras: el endiosamiento de la ciencia, de la tecnología, de lo que se mide, de los últimos descubrimientos y aportaciones en el ámbito de la comunicación, informática etc. Parece que ponemos toda nuestra confianza en esto y nos olvidamos de los principios. Se trata de una tradición de gran contenido imperialista anglosajón: de una ciencia económica que parece hija del pensamiento inglés y que tiene su origen en Adam Smith.

Se nos dice que toda nuestra ciencia se ha construido sobre la base de los grandes economistas ingleses y norteamericanos: pero no es así. Ya hay un pensamiento revisionista que tiene su origen en profesores de la Escuela Austriaca —y en otros que, siendo austriacos, no eran profesores de la Escuela Austriaca como Schumpeter—, los cuales investigaron y se dieron cuenta de que la ciencia económica tiene su origen en nuestros grandes pensadores del Siglo de Oro.

Tengo aquí una carta que Hayek nos escribió en el año 1979, cuando estábamos organizando en la Universidad de Salamanca la primera reunión de la sociedad Mont Pèlerin en España. La sociedad Mont Pèlerin fue creada por Hayek en el año 1947 y en sus estatutos declaraba que no estaba permitido mantener reuniones en sociedades o naciones que

no fueran democráticas. Por eso, hasta que falleció Franco y se instauró la democracia, no se reunió en nuestro país. La primera reunión fue en Salamanca y, con este motivo, Hayek nos escribió esta carta que dice literalmente lo siguiente: «Los principios básicos del mercado competitivo fueron desarrollados por los escolásticos españoles del siglo XVI. El origen del liberalismo económico no fue diseñado como se pensaba por los calvinistas ingleses sino por los jesuitas españoles».

Esta es la idea, la tesis esencial, que debemos de mantener y que afortunadamente, poco a poco, ha ido filtrándose en el mundo académico. Para mí ha sido motivo de gran orgullo que, en la recientemente publicada *Historia del liberalismo en Europa*, el primer capítulo esté dedicado a los escolásticos españoles, lo que supone un reconocimiento internacional y académico de que el origen del liberalismo está aquí, en nuestra tierra, no en Escocia ni tampoco en la Revolución Francesa: sino aquí, en nuestra tierra.

¿A qué se debe este olvido, que es obligación moral nuestra subsanar? Sobre todo a la malsana influencia imperialista de la Escuela Clásica anglosajona. Sobre esto se podría hablar muchísimo: hay una serie de circunstancias históricas que lo explican; circunstancias que se desarrollan alrededor de la Revolución Industrial y de la Commonwealth, esto es, alrededor de un Imperio Británico que se expande por todo el mundo mientras que el resto de los países van adquiriendo un complejo de inferioridad. Por ello, Inglaterra se convierte en el modelo que todo el mundo quiere seguir y esto influye también en el ámbito de la ciencia y de la economía.

Es aquí donde se populariza un libro muy negativo, un libro que ha hecho un gran daño: *La riqueza de las naciones*, publicado por Adam Smith en el año 1776 y que se considera —o se consideraba hasta ahora en el ámbito académico— como el hito del nacimiento de la Economía como disciplina científica. Sobre Adam Smith podríamos hablar muchísimo pero no me voy a extender demasiado. Tan sólo quiero exponer cómo este libro inculca en la historia de nuestra disciplina tres virus letales.

En primer lugar, introduce la teoría objetiva del valor, según la cual el valor de las cosas viene determinado por el coste de producción de las mismas. Posteriormente los discípulos de Adam Smith lo elaborarían aún más y ese coste sería el coste del trabajo, dando lugar a la teoría objetiva del valor-trabajo. De alguna forma, lo que hizo Adam Smith fue servir en bandeja a Karl Marx la teoría de la explotación, porque si el valor viene determinado por el coste de producción y su componente esencial es el trabajo, ¿por qué no van a asumir la totalidad del valor

los trabajadores? Si no lo reciben es porque están siendo expropiados o robados por capitalistas y empresarios.

Adam Smith hizo tabla rasa de las contribuciones de nuestros escolásticos, que mucho antes que él habían centrado su razonamiento científico en torno a la teoría subjetiva del valor. De todos ellos deberíamos recordar especialmente al gran Diego de Covarrubias y Leyva. Covarrubias, ya en el año 1545, escribió en su obra *Opera omnia*: «el valor de una cosa no depende de su naturaleza objetiva sino de la estimación subjetiva de los hombres». Además añadió que eso es así «incluso aunque tal estimación sea alocada», y puso como ejemplo la siguiente ilustración: «en las Indias, recién descubiertas, el trigo se valora más que en España porque allí los hombres lo estiman más, y ello a pesar de que la naturaleza del trigo es la misma en ambos lugares».

El segundo error gravísimo de Adam Smith es el haber confundido el nexo de causalidad entre costes y precios. Adam Smith se centra en un fantasmagórico estado final de reposo en el que precios y costes coinciden. Como además considera que el coste es lo que determina el valor, en última instancia para él la causalidad está muy clara: son los costes de producción los que determinan los precios de mercado, cuando la ciencia económica ha demostrado que es justamente al revés. No son los precios los que siguen a los costes, sino que son los costes los que siguen a los precios. Pero lo que es una tragedia es que esto ya se sabe desde el año 1544, porque otro gran escolástico, Luis Saravia de la Calle, concluyó su libro *Instrucción de mercaderes* con la siguiente frase: «Los que miden el justo precio de las cosas según el trabajo, costas y peligros del que trata o hace la mercadería, yerran mucho porque el justo precio nace la abundancia o falta de mercaderías, mercaderes y dineros, y no de las costas, trabajos y peligros».

Me he referido ya implícitamente al tercer error que es el más grave de todo el enfoque de Smith (un error que luego continúan sus sucesores, empezando por Ricardo y terminando con John Stuart Mill, pasando por el que sería el caso más extremo de todos: Jeremías Bentham). Smith centra su paradigma de investigación en el estudio de lo que él denomina el «precio natural» al que tienden las cosas. Es decir, ese precio de equilibrio a largo plazo. No estudia cómo se determinan los precios día a día en el mercado, como consecuencia de la intervención de los seres humanos en él. De este modo, inculca el bacilo del análisis del equilibrio en la ciencia económica, algo que ha constituido el centro alrededor del que se ha desarrollado toda la ingeniería social fomentada por la economía del bienestar y que ha alimentado a todos los tecnócrata-

tas e ingenieros sociales que se empeñan en dirigir nuestras vidas y en planificar nuestras sociedades.

Digo que es una tragedia porque nuestros escolásticos ya habían puesto en evidencia que éste era un callejón sin salida. Aquí debemos mencionar concretamente a dos escolásticos que además fueron cardenales españoles y que fueron, a su vez, los dos únicos escolásticos, jesuitas y españoles mencionados en un discurso de recepción de un premio Nobel de Economía. Efectivamente, en su discurso de recepción del Nobel en 1974, Hayek trata sobre la arrogancia del conocimiento y cita expresamente a estos dos jesuitas. El primero de ellos Juan de Lugo y el segundo Juan de Salas. Juan de Lugo en 1643, después de una serie de disquisiciones, se pregunta «¿cuál es el precio de equilibrio [él lo denomina *pretium iustum mathematicum*] de las cosas?». Y concluye que, al final, «*pretium iustum mathematicum licet soli Deo notum*», es decir: el precio justo de las cosas depende de tan inmensa cantidad de circunstancias particulares que sólo Dios puede llegar a conocerlo.

Juan de Salas, unos pocos años antes, en 1617, también se cuestiona si el gobernante o sus funcionarios pueden llegar a hacerse con toda la información concreta que en cada circunstancia particular, de tiempo y de lugar, generan los seres humanos al tratar denodadamente de sacar adelante sus familias y sus empresas. Concluye que esa información es tan compleja que «*quas exacte comprehendere et pondedare Dei est non hominum*»: esto es, «ponderarla es cosa de Dios y no de los hombres».

Esta es una idea que va pasando de boca en boca y de libro en libro entre nuestros escolásticos y que, como no podía ser de otra manera, termina recibiendo el propio padre Juan de Mariana. El padre Juan de Mariana tiene un libro que se titula *Discurso de las enfermedades de la compañía*, comentando las enfermedades de la Compañía de Jesús. Es una obra interesante porque no se trata solo de una crítica, sino que supone la aplicación de unos principios teóricos clarísimos, donde desarrolla la idea que previamente, de manera embrionaria, habían propuesto Juan de Lugo y Juan de Salas: a saber, el principio de que es imposible que el gobernante desde arriba pueda hacerse con la información de primera mano que vamos generando los seres humanos de a pie cuando intervenimos en el mercado. Es decir, el problema de la imposibilidad del estatismo, de la planificación y del socialismo es un problema epistemológico: el problema de que, quien quiera organizar nuestras vidas, sin importar la buena fe que tenga o lo sabio que se crea, jamás podrá hacerse con el conocimiento que generamos continuamente y ex novo los seres humanos conforme actuamos.

Así concluye el padre Juan de Mariana al respecto: «Es gran desatino que el ciego quiera guiar al que ve. [El gobernante] no conoce las personas ni los hechos, a lo menos con todas las circunstancias que tienen. Forzoso es que se caiga en yerros muchos y graves, y por ellos se disguste la gente y menosprecie gobierno tan ciego. Es loco el poder y mando. [Cuando] las leyes son muchas en demasía y como no todas se pueden guardar ni aun saber, a todas se pierde respeto».

Ahora bien, esta tradición escolástica no vale solo para criticar la ingeniería social, sino sobre todo para criticar la desviación de nuestra ciencia hacia el «cientismo» (como lo denomina Hayek): la indebida aplicación del método de la física al campo de la ciencia social. Hoy en día tiene unas ilustraciones clarísimas. El endiosamiento de la razón humana en el campo de ciencia económica es algo increíble. Lo que está de moda hoy en día son los rimbombantemente denominados Dynamic Stochastic General Equilibrium models (DSGE models). Estos modelos DSGE se basan en un agente representativo: definen de manera simplificada las características de un agente representativo, que reacciona miméticamente ante los acontecimientos. Es como un pingüino que va saltando (ya saben cómo son los pingüinos, se tira uno y todos los demás hacen exactamente lo mismo). Luego se le pone el adjetivo de «dinámico», porque se pretenden desarrollar diferentes escenarios modificando las variables; y, finalmente, aplicando potentísimos ordenadores, se pretende ver cuáles son las implicaciones de esos escenarios, permitiendo al planificador de turno saber lo que va a pasar en cada circunstancia: cuánto tiene que aumentar o disminuir la oferta monetaria o cuándo tiene que subir o bajar los impuestos para lograr los grandiosos objetivos del poder.

Como es lógico, todos este objetivo ideal cientificista carece de base científica por la razones ya elucidadas hace cinco siglos por nuestros escolásticos. Me agrada simplemente comentar que el gran artífice de la crisis, de la Gran Recesión que todavía nos sigue afectando, el que se podría denominar la quintaesencia de la manifestación de este engreimiento, Alan Greenspan, ha escrito un libro que se llama *El mapa y el territorio*. El territorio es la economía real y el mapa son estos modelos DGSE. En este libro, Greenspan se plantea por qué se ha producido la recesión y concluye que les ha fallado el mapa. Por lo menos reconoce que todos los modelos fracasaron y que, sobre todo, fue espectacular el fracaso del modelo más sofisticado —en el que se habían invertido más millones de dólares y en el que habían intervenido más mentes brillantes—: el modelo de la Reserva Federal. También fracasó el modelo del Fondo Monetario Internacional y el de Goldman Sachs.

Pero, ¿por qué fracasaron todos esos modelos? Porque la vida real no está protagonizada por pingüinos ni por agentes representativos. Aunque pongas toda tu confianza en los ordenadores y en los programas, al final esos modelos no son capaces de coger la inmensa riqueza y variedad de información que se genera día a día en el mercado por todos nosotros y por nuestros congéneres. Estos modelos dejan fuera la capacidad creativa del ser humano, es decir, su capacidad eminentemente empresarial.

Empresario viene del latín *imprehendo*: que significa descubrir, ver, darse cuenta de algo. Y al ser humano lo que lo distingue precisamente de otros animales no humanos es que somos capaces de darnos cuenta, crear y generar nueva información sobre fines y medios, cosa que no es posible modelizar a través de un agente representativo. El futuro es el resultado de la acción combinada de los seres humanos y, en este sentido, el futuro es un «por hacer» y dependerá de cómo actuemos empresarialmente unos y otros. No está, en forma alguna, determinado. El futuro no es un «por venir», como se explica en el mundo de la física o como se pretende forzar con estos modelos, sino un «por hacer». Dado que estamos en una catedral voy a hacer una pequeña digresión pedagógica. Asumiendo que exista Dios como creador por amor de todas las cosas (y entre todas ellas creador del ser humano a su imagen y semejanza), podríamos cuestionarnos: ¿cuál es el punto de semejanza entre Dios y el hombre? Pues precisamente la función empresarial creativa del ser humano. Esta capacidad que tenemos de darnos cuenta, de crear información de la nada que antes nos había pasado desapercibida, sería precisamente el punto de semejanza entre el ser humano y el Creador por antonomasia, Dios. Esto es lo que no pueden recoger los modelos estocásticos de equilibrio general.

Hay otras contribuciones de enorme valor de nuestros escolásticos que además son una consecuencia lógica de los principios básicos que estoy exponiendo. Quizás merezca la pena referirnos ahora al concepto dinámico de competencia, porque para los escolásticos la competencia es un proceso de rivalidad. Ellos en latín emplean el término de *concurrentium*, es decir, concurrencia. La concurrencia es un proceso de rivalidad entre los empresarios que intentan hacer las cosas mejor que los demás y vender bienes distintos, mejores y cada vez a un precio menor. Voy a poner un ejemplo que es el de Jerónimo Castillo de Bobadilla, que en el año 1585 escribe su obra *Política para corregidores*: en ella dice que los precios en el mercado bajarán como consecuencia de la emulación entre los vendedores. Emular al contrincante es ponerse primero a su nivel y

luego batirle. Dice que como consecuencia de esa emulación los precios bajan y los consumidores salen beneficiados.

Esta concepción dinámica de la competencia contrasta radicalmente con el concepto de competencia que se ha desarrollado por la ciencia económica y que, además, para mayor burla, se caracteriza de «perfecta» cuando se da una situación (que no un proceso) en el que existen múltiples oferentes todos ellos vendiendo el mismo producto (sin permitirse que haya ninguna diferenciación entre unos otros) y al mismo precio. Fijense en la gran paradoja: se califica, por científicos de la economía, de «competencia perfecta» a una situación que, si algo pone de manifiesto, es que es lo más alejado que existe de la competencia real.

Las contribuciones de los escolásticos en el ámbito de la teoría monetaria son las que han sido más analizadas. No nos debe extrañar, porque ellos fueron testigos de excepción de la primera gran inflación de la historia de la humanidad. Y es que, como consecuencia del descubrimiento de América, se produce una afluencia masiva de metales preciosos en Europa, los cuales entraron por España (concretamente por Sevilla). Diferentes estudios —siendo el clásico el de Hamilton— ponen de manifiesto que la oferta monetaria —entonces básicamente oro y plata— se duplicó en Europa a lo largo de un siglo, lo cual supuso un trastorno monetarios con efectos reales tremendos. Pero bueno, duplicar la oferta monetaria a lo largo de un siglo es un juego de niños si lo comparamos con los fenómenos más recientes: en la etapa previa a la Gran Recesión, la etapa de la burbuja, la oferta monetaria en, por ejemplo, EEUU estuvo creciendo durante varios años 6%, al 8%, al 10% e incluso al 14% al año.

¿Qué podríamos decir ahora de Mario Draghi (a quien podemos considerar la punta de lanza de la indisciplina monetaria anglosajona que se ha introducido letalmente en el Banco Central Europeo)? Draghi estaba comprando 60.000 millones mensuales de activos gubernamentales, pero ahora ya ha extendido tanto el importe (80.000 millones al mes), como el tipo de activos (está adquiriendo también la deuda corporativa). Esto supone un millón de millones al año, que es la décima parte de toda la oferta monetaria de la Eurozona. Es decir, el proyecto supone una inyección anual del 10%, lo cual duplicaría toda la masa monetaria en siete años si continuara a este ritmo.

Afortunadamente, y para desesperación de Draghi, de momento no está teniendo el efecto que él pensaba, sino prácticamente todo el contrario. Primero porque aún continúa el desapalancamiento privado: los bancos siguen concediendo créditos nuevos a un ritmo más lento que la devolución de los anteriores. Por otro lado, porque hay un aumento de

la incertidumbre y, además, el coste de oportunidad de mantener dinero se ha reducido al 0%, por lo que está expandiéndose la demanda de dinero. Es decir, por fortuna, una gran parte de esta inyección monetaria queda esterilizada en forma de incrementos de saldos de tesorería o de disminución autónoma de la oferta monetaria a través del proceso de desapalancamiento. Para que conozcan ustedes las cifras: los últimos datos del BCE indican que la M3 está creciendo aproximadamente al 5%, y no al 10% como debería crecer con la inyección monetaria de Draghi. Por tanto, la mitad del efecto está siendo esterilizado. Pero la otra mitad permanece y, desde luego, ahí hay una bomba de relojería: tan pronto como cambien las tornas, se van a reproducir todos los acontecimientos que ya hemos vivido en otras ocasiones, es decir, no solo de disminución del poder adquisitivo de la unidad monetaria o de crecimiento de los precios, sino sobre todo de distorsión completa de los precios relativos.

Quizás fue Martin de Azpilcueta, el Doctor Navarro, el que mejor explicó la parte de verdad que tiene la teoría cuantitativa del dinero en función de la cual un crecimiento de la oferta monetaria, a igualdad de circunstancias, hace que el poder adquisitivo de la unidad monetaria caiga. Dice clarísimamente Martin de Azpilcueta que, allí donde el dinero es más escaso, el precio del dinero es más alto. Lo que significa que los precios, en términos de unidades monetarias, bajan; y que donde el dinero es más abundante, el poder adquisitivo de la unidad monetaria baja y los precios suben. Pone como ilustración que los precios en España eran mucho más altos que en Francia porque aquí el impacto monetario de la llegada de metales preciosos fue más grande. Ese impacto monetario en España fue en parte el gran culpable de la crónica pobreza de nuestro país, junto con una serie de problemas institucionales añadidos. El regalo monetario es un regalo envenenado y el hecho de que los precios en España fueran más altos lo que hizo fue volver no competitiva nuestra artesanía en comparación con los productos europeos, y por eso el país quedó convertido en un solar. No hay cosa peor que el regalo envenenado del crecimiento monetario.

Hay otra contribución que también recoge Martin de Azpilcueta que es de gran valor y que ya había sido desarrollada previamente por los discípulos de Santo Tomas de Aquino, que es la teoría de preferencia temporal. Según esta teoría, los bienes disponibles más prontamente en el tiempo tienen un valor, según la justicia, superior a los bienes más alejados. Es decir, a igualdad de circunstancias valoramos más los bienes presentes que los bienes futuros, lo cual constituye una idea esencial porque ahí se encuentra el fundamento del interés como precio de mercado de los bienes presentes en función de los bienes futuros.

Hay que recordar que en esta época seguía en vigor la prohibición canónica del interés, no solo por la Iglesia Católica, sino por todas las iglesias monoteístas —los judíos y los musulmanes—, las cuales consideraban pecado el préstamo con interés y esto suponía una restricción tremenda al desarrollo de la economía, el cual exige de inversión adecuadamente remunerada a través del interés. El hecho de que ya empezara a entenderse, desde el punto de vista científico, que a igualdad de circunstancias los bienes presentes valen más que los bienes futuros, comenzó a incentivar una investigación científica acerca de qué tipo de operaciones podrían aceptarse o no desde el punto de vista de la moral. Es decir, empezó a abrirse ya la espita de determinadas operaciones que de alguna forma encubrían préstamos, y eso supuso una primera válvula de escape para permitir el préstamo con interés. Como es lógico, mientras estuvo prohibida la usura —puesto que el pecado mortal te llevaba al infierno— los que se dedicaban a prestar eran los de otras religiones: judíos en el caso de los cristianos; musulmanes en el caso de los otros, y así sucesivamente. Yo siempre me pregunto cuántos miles y miles de personas habrán muerto pensando que iban al infierno porque habían prestado con interés. La verdad es que no ha habido una retractación formal por parte de la Iglesia Católica al respecto: simplemente, de manera implícita, a finales del siglo de XIX se aceptó el préstamo con interés, siempre que estos no fueran totalmente desorbitados. Sí que ha habido mea culpa generales por parte de muchos pontífices en relación con errores del pasado —incluyendo la Inquisición o lo que hicieron los cruzados en Grecia—, pero queda pendiente un reconocimiento del daño gravísimo que hizo la prohibición canónica de la usura. Es mérito de nuestros escolásticos darse cuenta de la importancia que tenía la preferencia temporal y que había que dar, paulatinamente, entrada a determinados contratos que, de alguna forma, permitieran el intercambio entre bienes presentes y bienes futuros.

Del padre Juan de Mariana ya se ha hablado suficientemente, pero sí me gustaría acotar algunas consideraciones adicionales, con permiso de los expertos que hoy nos rodean.

Ya se ha dicho antes: es una desgracia y una tragedia que no se haya hecho una edición de las obras completas de Juan de Mariana, adecuadamente comentada por expertos y que esté disponible y a la altura de lo que este personaje se merece. Quien quiera leer al padre Juan de Mariana tiene que comprar libros antiguos y por goteo, quitando quizás el *Tratado sobre la moneda de vellón*, que se publicó por el Instituto de Estudios Fiscales. Esto es una vergüenza y una ignominia.

El libro *De rege et regis institutione* fue un encargo de Felipe II para que sirviera de manual para su hijo Felipe III. Yo le tengo cierta simpatía a Felipe III y también a su valido, el Duque de Lerma: y ello a pesar de todo lo que se ha escrito sobre lo corrupto que era, la expulsión de los moriscos, y de que persiguió y procesó al propio padre Juan de Mariana (ya que éste denunció, en su libro *Tratado sobre la moneda de vellón*, la política que hacía Lerma de envilecer la moneda, es decir, de hacer inflación). Hay un libro interesante del actual gobernador de Banco de España, Luis María Linde, dedicado al Duque de Osuna: en él cuenta que, en la época de Felipe III, había dos bandos, el de los pacifistas liberales y el de los guerreros, encabezados por Osuna. De una manera u otra, Lerma mantuvo la paz y esto es lo más importante. Claro que era un dictador, pero se trataba de una dictadura blanda: estaba tan entretenido enriqueciéndose personalmente que no perseguía a la gente ni regulaba demasiado. Sobre todo, fue una dictadura blanda en comparación con la del Duque de Olivares, que es el que ya definitivamente hundió a España.

Sobre la tiranía, me gustaría citar literalmente cómo define el padre Juan de Mariana al tirano: «El tirano típico es aquel que arrebató las riquezas de los individuos como un monstruo compuesto de los vicios, la crueldad y el engaño (...) El tirano emplea la fuerza, la intriga y demás medios criminales. Agobia con multitud de impuestos que inventa todos los días sembrando la discordia, abrumando con infinidad de pleitos y guerras intestinas. Los tiranos construyen y edifican grandes obras a costa del sudor y las lágrimas de sus súbditos». Continúa diciendo: «el tirano impide las reuniones ya grandes, ya pequeñas, y les quita por medio de una policía oculta e inquisitorial. Además persigue la facultad de hablar y aun de oír hablar de la república, que es la mayor humillación y esclavitud posible».

Aquí hay otra idea importante que me gustaría sacar a relucir: el modelo de tirano del padre Juan de Mariana no es un modelo abstracto, sino nada más y nada menos que Carlos V. En España tuvimos la primera revolución liberal política, y de esto también tenemos que estar orgullosos. No sólo de que nuestros teóricos fueran los fundadores de la ciencia económica correcta, sino de que, además, la primera revolución liberal política en Europa fue la guerra de las comunidades. Lo que poca gente sabe es que la guerra de las comunidades fue un levantamiento contra un tirano que literalmente violó todos los principios que menciona el padre Juan de Mariana en su obra *De rege et regis institutione*. Como es lógico, esto era tabú: no se podía mencionar la guerra reciente y muchos menos a Carlos V, pero estaba en el ambiente. Los comuneros se levan-

taron contra Carlos V con un respaldo teológico muy bien desarrollado, sobre todo por los franciscanos y los dominicos de la época. Juan Bravo de Segovia, magnífico defensor de la libertad; Francisco Maldonado de Salamanca; el obispo Antonio Acuña de Zamora, muy pocas veces mencionado; y Padilla, de Toledo. El último bastión de la guerra de las comunidades fue precisamente esta ciudad imperial. Es cierto que ya le habían cortado la cabeza a Padilla, pero fue su mujer la que se ocupó de organizar la defensa. Es en esta ciudad donde Mariana estudia y donde se pone en contacto con las ideas —todavía en el ambiente— de resentimiento contra el injusto tirano. Son éstas las ideas que con el paso de los años recoge y es capaz de plasmar en *De rege et regis institutione*.

Sobre la obra *Historia de España*, hay que decir que se trata toda ella de una defensa vibrante de la libertad del ser humano contra la continua tiranía. Es una interpretación de lo que ha sucedido desde el punto de vista de la libertad, donde se califican de tiranos a aquellos que pasan endiosados a la historia, como Alejandro Magno o Julio César. Son los que triunfan los que escriben la historia, pero Juan de Mariana se encarga de poner a cada uno de ellos en su sitio. Así, no es de extrañar que Thomas Jefferson, quizá el representante más conspicuo de los padres fundadores de EEUU, cuando estaba considerando si levantarse o no en rebelión contra el Rey de Inglaterra, recomiende a sus colegas que lean un libro —que felizmente ya estaba disponible en inglés desde 1699 traducido por el capitán John Stevens—: *Historia de España* del padre Juan de Mariana. Seamos conscientes: fuimos el alimento intelectual, científico y filosófico en el que bebieron los padres de la patria de EEUU, redactores de la constitución liberal más grande de la historia (hoy completamente prostituida por cierto), en el que se fundaron para llevar a cabo la secesión y la guerra contra el Rey de Inglaterra. Esto es algo poco conocido y de lo que debemos estar todos orgullosísimos.

De monetæ mutatione, traducido al español como *Discurso y tratado sobre la moneda de vellón*, es especialmente interesante porque aplica la idea del tiranicidio al aspecto concreto monetario. Ya lo ha indicado el profesor Rallo antes, que para el padre Juan de Mariana la inflación, aunque aún no se conocía el término y por tanto no lo emplea en el libro, se refiere al envilecimiento del metal precioso en la moneda, es decir, quitar plata para duplicar la cantidad de medios de pago y poder hacer frente a los gastos públicos. Dice que esto no es más que una manera de robar a la ciudadanía: un impuesto oculto y que, como todo impuesto que no se obtiene con la aquiescencia de los ciudadanos, es un robo (ya sabemos cómo podemos calificar la acción de Draghi: Draghi es claramente un

tirano en el ámbito monetario y por tanto, según el padre Juan de Mariana, cualquiera de nosotros estaría legitimado, una vez declarado en una asamblea legítima, para llevar a cabo la necesaria defensa propia ...

¿Cuáles son las recomendaciones del padre Juan de Mariana para los gobernantes? Lo primero es plantearse por qué gastan tanto los políticos: y lo hacen porque su función consiste en esto, en gastar, en comprar votos, en comprar apoyos. El padre Juan de Mariana se da cuenta y dice que, para quitar el pecado, es esencial quitar la tentación, esto es, equilibrar el presupuesto. Dice literalmente: «Lo que hay que hacer es que la familia real gaste menos, porque lo moderado gastado con orden luce más y representa mayor majestad que lo superfluo sin él. El Rey nuestro señor debe acortar en sus mercedes, lo que significa que no premie de manera tan generosa los servicios reales o supuestos de sus vasallos, concediéndoles pensiones vitalicias, pues no hay en el mundo reino que tenga tantos premios públicos, encomiendas, pensiones, beneficios y oficios. Con distribuirlos bien y con orden se podría ahorrar de tocar tanto en la hacienda real u en otros arbitrios».

Como vemos, la cultura del subsidio, la cultura de la compra de votos, la cultura del gasto público descontrolado es algo que viene de antiguo en nuestro país, como ya denuncia el padre Juan de Mariana. El padre Juan de Mariana también estaría a favor, por ejemplo, de aquellos que pretenden que la política en EEUU siga bien anclada en los principios fundacionales de la gran nación americana, de su Constitución: habría dado por tanto la razón al Tea Party frente a la arrogancia cientificista o puesta.

¿Qué diríamos sobre la famosa paranoia antideflacionista que nos rodea? Cuando cogemos los periódicos, parece que Draghi está en una carrera desesperada por recuperar cuanto antes el objetivo de inflación del 2% y que, mientras no lo consiga, habrá que meter millones y millones de euros en la economía. Pero, ¿de dónde han sacado ese objetivo? Simplemente lo decidió el BCE en un consejo. Hace no muchos meses, tuve la oportunidad de ser invitado a dar unas conferencias en el Instituto de Economía Mundial de Kiel: nos reunimos varios expertos y llegamos a la conclusión de que era vital reducir ese objetivo en 2 puntos: es decir, el objetivo de inflación debería ser próximo al 0%. Tampoco la masa monetaria debería crecer al 4,5%, como defiende hoy el BCE, sino a una cifra no superior al 2% o el 2,5%, que es lo crecería como mucho autónomamente si hubiera patrón oro. Si hubiere un crecimiento del PIB superior a ese porcentaje de aumento de la masa monetaria, obviamente habría una deflación secular: pero sería una deflación resultado del au-

mento de la productividad, esto es, es una sana deflación que supone el mejor de los mundos para lograr un crecimiento sostenible (un mundo que fomente el ahorro y la sana empresarialidad).

Ese esquema de inflación o ligera deflación, de poco crecimiento monetario y de caída de los precios, es el que experimentó EEUU desde el final de la guerra civil en 1865 hasta el comienzo del siglo XX. Esas décadas son las de mayor prosperidad en términos relativos, de crecimiento económico de la gran nación americana. Hubo unos tipos de interés en términos nominales no muy altos —en términos reales en torno al 3- 4%— con una efervescencia empresarial y de inversión que jamás se había visto. La población creció un 25% en ese periodo como resultado del aumento orgánico y de la inmigración. Eso es lo que nosotros tendríamos que recuperar pero, claro, para eso hace falta obviamente que haya un marco institucional como el que tenían en EEUU en esas décadas y ese marco institucional no existe hoy día en Europa (al estar totalmente trabada por la regulación, el intervencionismo, el gasto público, etc.). Se empezaron tímidamente a hacer las reformas necesarias —sobre todo en los países de la periferia— antes de que Draghi se volviera loco por lograr el tan ansiado y endiosado objetivo de inflación del 2 por ciento. Quizás la consecuencia más trágica y negativa de la política de Draghi haya sido el haber paralizado completamente cualquier impulso reformista en Europa, sobre todo en los países que más lo necesitaban (Francia, Italia y España).

Termino hablando sobre la banca y sobre la influencia de los escolásticos antes, después y hoy en día.

Los escolásticos también fueron testigos de excepción del fenómeno bancario. Cuando se descubre América, el centro de gravedad financiero pasa de las ciudades del Adriático hacia España, concretamente a Sevilla. En Sevilla se instalan los banqueros más importantes, tanto locales como extranjeros. Tenemos la suerte de que un economista español, Ramón Carande, dedicara prácticamente su vida académica a estudiar el fenómeno, metiéndose en los archivos de la Casa de Contratación para encontrar documentos sorprendentes: los pueden leer ustedes en su obra *Carlos V y sus banqueros*.

La situación de los banqueros en aquella época ya empezaba a poner de manifiesto que había algo irregular en el ejercicio de la banca. Ése algo irregular consistía en que se apropiaban de una parte de los depósitos a la vista que habían hecho sus clientes y sus comerciantes. La verdad es que eso de apropiarse de lo ajeno estaba a la orden del día: los Reyes como Felipe II, siempre ávidos de tesorería, echaban mano del oro allí

donde estaba, es decir, de las cajas de los banqueros en Sevilla. Retiraban el oro y dejaban un papelito que decía «vale por préstamos forzosos a la corona al 4% de interés». Los banqueros, a su vez, decían «antes de que se lo lleve el Rey, me lo llevo yo. Dejo el papelito y dedico el dinero ajeno a mis negocios particulares».

Los escolásticos eran conscientes de que, cuando los bancos actúan así, primero están cometiendo un pecado mortal, porque se están apropiando de una cosa que no es suya y además la están prestando con interés. A su vez, también aseguran que comete pecado quien realiza el depósito y sabe que el banquero se va a apropiarse de su dinero. Tomás de Mercado, por ejemplo, denuncia que los banqueros en Sevilla son tan ahidalgados que, por mantener y custodiar sus depósitos, no cobran nada. Según la doctrina escolástica, es el depositante el que tiene que pagar al banquero y no al revés: pero «como en Sevilla son muy ahidalgados, no te cobran nada», dice con mucha ironía.

Esto tiene un efecto de duplicación de los medios de pago. El depositante, con toda razón, considera que el depósito forma parte de sus saldos de tesorería y, a su vez, el que ha recibido el préstamo por parte del banco también considera que ese oro que ha recibido forma parte de su saldo de tesorería. Doble disponibilidad sobre la misma cosa: ésta es la gran irregularidad y el proceso de creación de medios de pago. Los escolásticos son tan sutiles que descubren que, cuando la banca actúa con reserva fraccionaria, no solo actúa de manera fraudulenta, sino que es capaz de crear un dinero virtual que Luis de Molina denomina «chirographis pecuniarum»: dinero escriturario que solo surge como resultado de un apunte contable en los libros de los bancos. Además, dice Luis de Molina, los precios en las ferias de Castilla son, como consecuencia de este dinero escriturario, mucho más altos de lo que serían en otras circunstancias.

Pero quizás el análisis más sutil es el de Saravia de la Calle, que dice que lo importante no es que los precios suban, sino que se distorsiona toda la estructura de precios relativos, se bloquea todo el proceso empresarial y se embadurnan las señales claras que los empresarios deben seguir para que avance la civilización. Esa es otra idea que recoge de manera muy clara el padre Juan de Mariana en su *Tratado sobre la moneda de vellón*.

Termino con la influencia de los escolásticos: los escolásticos no sólo fueron genios, sino que fueron herederos de una gloriosa tradición. Esa tradición es una que se puede remontar a quienes cabe considerar como los primeros científicos de la economía (porque si la economía debe es-

tudiar algo, ese algo es el maravilloso orden espontaneo del mercado: a saber, cómo es posible que, sin existir un gobernante que nos dirija desde arriba vía mandatos coactivos, simplemente intercambiando libremente unos con otros, se organice espontáneamente la sociedad). Los primeros teóricos del orden espontaneo del mercado fueron los grandes jurisconsultos de Roma: fueron los primeros que se dieron cuenta de que el derecho era el resultado espontaneo de la interacción de los diferentes seres humanos. Sabemos, por ejemplo, gracias a la obra de Cicerón, *De re publica*, que la ley romana era muy superior a la de otros pueblos, y menciona el caso de las leyes de Licurgo o las leyes de Esparta. Dice Cicerón citando a Catón que esas leyes fueron construidas por un solo hombre, pero que el derecho romano es resultado de muchos siglos de evolución y que incorpora la sabiduría de muchas generaciones: un conocimiento que no se podría meter en la cabeza de un solo hombre, por muy sabio e inteligente que fuera. Vemos cómo ya está ahí incluida esa idea latente, que luego recogerían Juan de Lugo y Juan de Salas, que es la explicación epistemológica de por qué el estatismo no puede funcionar.

Esa tradición se mantiene por la Iglesia Católica a lo largo de la Edad Media, continúa con Santo Tomás de Aquino, se incorpora al derecho canónico y así llegamos ya hasta el comienzo de la Edad Moderna. En las ciudades italianas, cuando surge nuevamente el comercio, nos encontramos el caso de los sermones de Pedro Juan de Olivi, San Bernardino de Siena y San Antonio de Florencia, precursores inmediatos sobre los que beben nuestros escolásticos.

¿Cuál ha sido la influencia posterior de nuestros escolásticos? A corto plazo, formaron su escuela y muchos de ellos se marcharon a América: en la primera universidad del Continente, en San Marcos de Lima —y luego en la Universidad de México—, estuvieron Atienzo y otros que también desarrollaron tales doctrinas. A este respecto, hay un libro maravilloso de Oreste Popescu sobre el pensamiento escolástico hispanoamericano.

Luego sus ideas se filtraron por Europa, sobre todo por la Europa continental: es el caso de Ricardo Cantillon, Federico Bastiat y los cate-dráticos alemanes que, en última instancia, conforman la tradición que recoge Carl Menger en 1871 cuando publica sus *Principios de Economía Política* (obra que supone el surgimiento oficial de la Escuela Austriaca). Y así hemos llegado hasta hoy: hemos sido una minoría durante las décadas del triunfo del paradigma neoclásico y de la ingeniería social, pero estamos muy esperanzados porque la caída del Muro de Berlín ha evidenciado la crisis generalizada de ese enfoque y, además, hoy en día

parece que el enfoque austriaco empieza a ser reconocido como el único capaz de explicar la crisis y la Gran Recesión que hemos experimentando.

Quiero terminar con la semblanza que hace del padre Juan de Mariana otro gran español y catalán, Jaime Balmes. Dedicó las siguientes palabras al padre Juan de Mariana²:

Es bien singular el conjunto que se nos ofrece en Mariana: consumado teólogo, latinista perfecto, profundo conocedor del griego y de las lenguas orientales, literato brillante, estimable economista, político de elevada previsión; he aquí su cabeza; añadid una vida irreprochable, una moral severa, un corazón que no conoce las ficciones, incapaz de lisonja, que late vivamente al solo nombre de libertad, como el de los fieros republicanos de Grecia y Roma; una voz firme, intrépida, que se levanta contra todo linaje de abusos, sin consideraciones a los grandes, sin temblar cuando se dirige a los reyes, y considerad que todo esto se halla reunido en un hombre que vive en una pequeña celda de los jesuitas de Toledo, y tendréis ciertamente un conjunto de calidades y circunstancias que rara vez concurren en una misma persona.